

—Esposa mia, traigo el corazon hecho pedazos.

—¿Qué pasa, padre mio?—dijo Isabel.

—¿Qué pasa? horrorizaos: el emperador Guatimoc, el rey de Tacuba y el de Acolhuacan, han sido ahorcados en Atzala de orden de Cortés.

—¡Misericordia, Señor!—gritó Isabel, cayendo á tierra en medio de espantosas convulsiones.

—¡Dios nos ha abandonado!—exclamó la madre arrodillándose á socorrer á su hija.

*
*
*

Isabel perdió la razon. Santiago y su esposa murieron algunos años despues. La pobre loca quedó en poder de gentes extrañas que cuidaban muy poco de ella.

Todas las noches se oian gritos desgarradores en la casa de Carbajal, y todos decian con indiferencia: *Es la loca.*

Un dia no se oyeron los gritos, y al siguiente tampoco. Era que la pobre loca habia huido.

EL HIJO DE GUATIMOC.

(Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

MEDIABA el año de 1546. Gobernaba entonces la llamada Nueva-España Don Antonio de Mendoza, primer vi-rey nombrado por los monarcas españoles.

Parecia que el cielo habia hecho caer sobre la desgraciada nacion mexicana todo su enojo.

Una peste horrorosa asolaba los pueblos y las ciudades, cebándose solo sobre los naturales del país: las casas quedaban desiertas; los cadáveres sembrados en las calles, en las plazas y en los caminos, ponian pavor en los corazones mas esforzados, y en vano agotaban sus recursos para remediar noblemente tanta desgracia; los obispos, el clero y los principales gefes de las tropas españolas. Aquella calamidad no parecia tener remedio alguno; seis meses habian trascurrido, y ochocientas mil eran ya las víctimas de la peste.

El ánimo de los naturales del país, que se veian sometidos á la mas espantosa esclavitud, estaba tan triste, que la epidemia se propagaba por esto con mas facilidad.

Entonces se negaba que los indios fuesen hombres que tuviesen alma racional; tratados como bestias por los encomenderos, morian en medio de las mas rudas fatigas, y nadie cuidaba siquiera de enterrar los cadáveres, y sus huesos emblanquecidos por el sol y las tormentas, indicaban muchas veces el camino por donde transitaban sirviendo á sus amos.

El clero tomó la defensa de la humanidad, y los reyes de España oyeron por la boca de los sacerdotes, las quejas que no les permitian oír las adulaciones de sus factores y sus visitadores.

El despecho y la desesperacion hicieron que varios mexicanos pensasen en sacudir el yugo de los españoles; pero la conspiracion fué denunciada, y el virey Mendoza hizo ajusticiar públicamente á los que declaró gefes de ella.

Así corria el año de 1546.

Entonces se distinguia en la ciudad, por su riqueza, por su elegancia y por su arrogante figura, un jóven que se llamaba Don Felipe de Carbajal.

Aquel jóven parecia pertenecer á la raza indígena pura, y sin embargo, los hombres inteligentes de aquella época descubrian que en sus venas habia tambien sangre española, porque su pelo se rizaba y su negro bigote era algo mas espeso de lo que correspondia á un indígena de sangre pura.

De todos modos, aquel jóven era el galan de moda en la ciudad; podria tener veintiun años, y nadie montaba mejor ni mas soberbios caballos, que entonces tenian altos precios,

ni nadie llevaba con mas despejo el ferreruelo, el ancho sombrero con grandes plumas, y la rica espada con empuñadura de oro y piedras preciosas.

Las jóvenes estaban locas por él, y todo el mundo murmuraba por lo bajo que aquel jóven era hijo del infortunado emperador Guatimoczin y heredero de fabulosos tesoros.

Le acompañaba casi siempre un anciano, al que tenia el jóven todos los miramientos que podria haber tenido con su padre; y sin embargo, no lo era, porque tambien el anciano respetaba al jóven como á su jefe y casi como á su amo.

Aquel viejo era un indio, y el jóven le llamaba Tepos.

Muchos aseguraban haberle visto en la servidumbre de Guatimoc, y recordaban que en los dias de la muerte del monarca, Tepos habia desaparecido por muchos años.

Doña Violante de Albornoz era la mas hermosa dama de toda la ciudad de México; no habia un galan que por ella no penara, y ni una sola noche dejaban de escucharse al pié de sus ventanas, músicas y trobas con que pretendian ablandar su pecho los apasionados de su belleza.

Pero Doña Violante era una estatua de marmol, jamás se le habia visto fijar con agrado sus negros y radiantes ojos en ninguno de sus amantes trovadores, y no habian logrado arrancar una sonrisa de agrado los mas hábiles ginetes que habian corrido cañas y lidiado toros en las fiestas que los encomenderos dedicaron al virey en el año de 1645.

Doña Violante era hija del alférez real Don Bernardino

de Albornoz, hombre de gran consideracion entre todos los conquistadores.

El jóven Carbajal fijó sus ojos en Doña Violante y la hizo señora de sus pensamientos; pero Doña Violante miró á Carbajal con el mismo desprecio que á todos sus demás adoradores.

En vano el jóven paseaba la calle de su dama, vestia sus colores, le llevaba noche tras noche músicas y serenatas.

En vano pretendia hacer llegar á sus manos riquísimos presentes; Doña Violante ni admitia sus galantes obsequios, ni entreabria siquiera los batientes de sus ventanas para escuchar las músicas. Fria y severa, desdeñaba siempre á Carbajal, que no habia llegado á conseguir de ella ni un saludo.

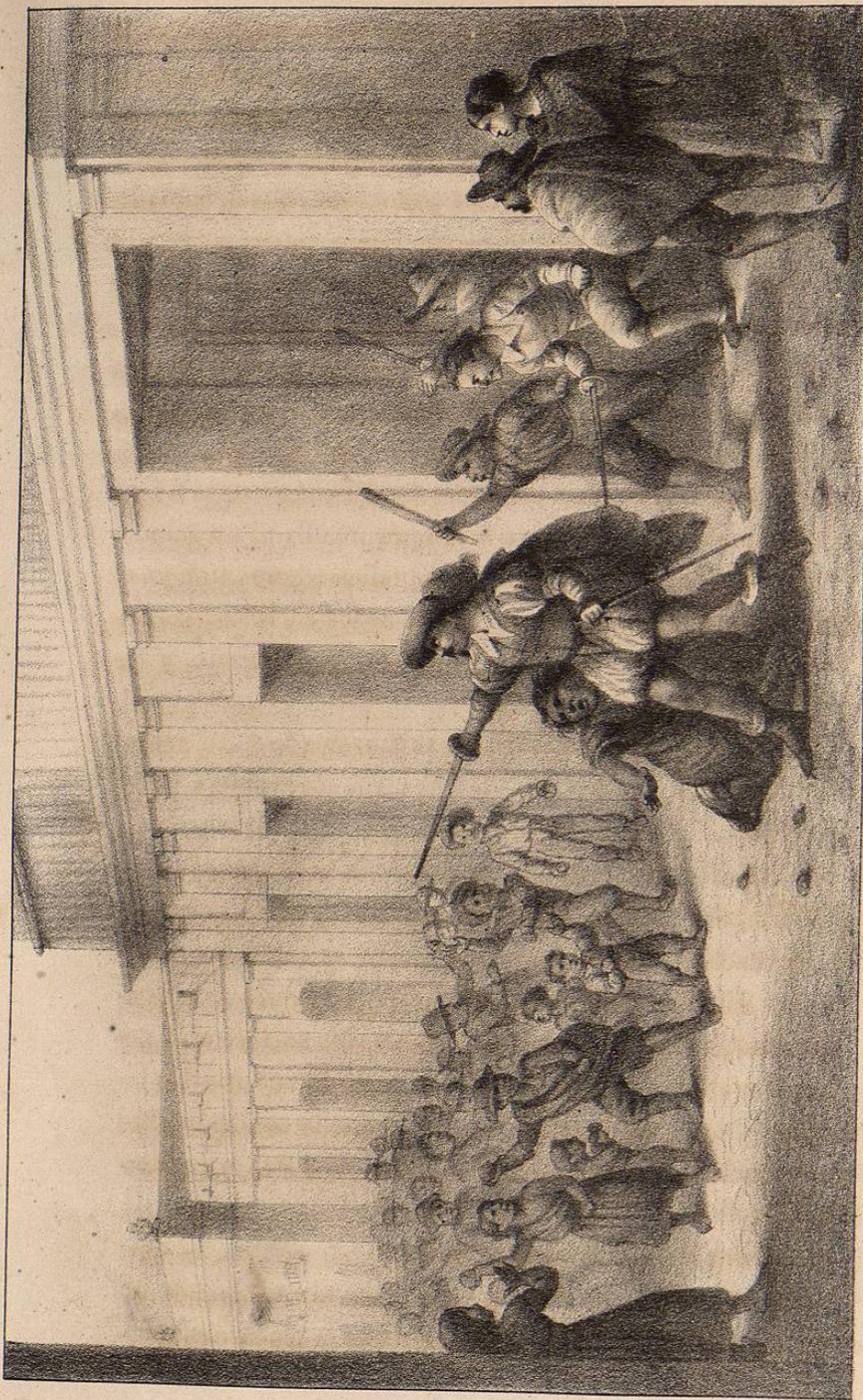
El jóven palidecia de dolor, y aquellos amores eran ya el objeto de las conversaciones de todos los corrillos: las damas compadecian al amante y culpaban á la ingrata, y los hombres reian maliciosamente.

Una tarde Doña Violante se habia asomado á su ventana, y Carbajal la miraba desde lejos sin atreverse á pasar por delante de ella por temor de disgustarla.

De repente, por el otro extremo de la calle, se oyó una gran vocería, y desembocó una gran multitud de hombres, de muchachos y de mujeres, que dando estrepitosas carcajadas y silbidos agudísimos, corrian persiguiendo á una pobre mujer, anciana, sumamente estenuada, sucia, con el pelo en desórden, con los ojos saltándosele de sus órbitas: jadeando y casi moribunda, huia de aquella muchedumbre que la burlaba, la escarnecía y la apedreaba, entre gritos horribles de:

—«¡Loca, loca, ahí va la loca!»

Lo pobre vieja tropezaba á cada momento y buscaba un apoyo en alguno de sus perseguidores que la rechazaba brus-



LA LOCA.

camente, haciéndola rodar algunas veces por el pavimento, y entonces una espantosa carcajada de la multitud era el aplauso de aquella accion.

La infeliz, con el rostro cubierto ya de lodo y de sangre, volvía á levantarse y procuraba seguir huyendo de aquellos bárbaros; pero sus esfuerzos eran inútiles, y espirante de fatiga, apenas podia ya dar un paso.

Habian llegado á la casa de Don Bernardino de Albornoz.

Doña Violante apartó indignada la vista de aquella escena en el momento en que la loca caia exánime y sus perseguidores comenzaban á tirarle con lodo que recogian de la calle.

Carbajal, ciego de ira ante aquel espectáculo, se lanzó en defensa de la infeliz anciana.

La muchedumbre retrocedió al principio espantada, pero mirando luego que no era mas que un solo hombre y alegre de encontrar alguna resistencia, los mas audaces cargaron sobre el jóven, que tiró de la espada y comenzó á repartir mandobles y estocadas.

La escena se trocó en un verdadero combate: las piedras llovian de todas partes sobre Carbajal; y aunque procuraba tener á raya á sus enemigos, sin embargo, perdía terreno á cada instante: el terror habia hecho volver en sí á la loca, que se abrazaba del jóven como de su único amparo, impidiéndole la libertad de sus movimientos.

Una piedra lanzada con mas destreza y mas fuerza que las otras, tocó á Carbajal en el hombro derecho: el jóven deja caer la espada y vaciló tambien; la chusma lanzó un grito de triunfo y se arrojó sobre el jóven, que habia perdido el conocimiento con la fuerza del dolor.

En un instante le hubieran despedazado; pero repentina-

mente se abrió el zaguan de la casa de Albornoz, y una multitud de criados y esclavos, armados, salió por allí y arremetió contra aquella muchedumbre, que huyó en desorden, dispersándose por todas las calles vecinas.

Cuando Carbajal volvió en sí se encontró en un lecho, en medio de una estancia que no conocia y rodeado de muchas personas.

Abrió los ojos, sintió un gran dolor en el hombro y una sed ardiente.

Sin reflexionar en nada y sin recordar lo que habia pasado, exclamó con una voz débil:

—Agua.

—Agua quiere—repitieron algunas personas.

Y pocos momentos despues el grupo que rodeaba el lecho abrió paso á una mujer que traía el agua: Carbajal no pudo contener una exclamacion de sorpresa; aquella mujer era Doña Violante.

El jóven quiso incorporarse y Doña Violante lo contuvo.

—No os movais, caballero—le dijo;—vuestra situacion es delicada; os daré yo misma de beber.

Y Doña Violante aplicó el vaso á los ardientes labios de Carbajal, que apuró con delicia aquella agua.

—Gracias, señora—le dijo—gracias; me habeis dado doblemente la vida.

Doña Violante se sonrió bondadosamente, y no se retiró del lecho.

—Señora—continuó Carbajal—decidme, ¿cómo es que estoy aquí? ¿cómo he venido? ¿sueño? ¿sois vos Doña Violante? ¿soy yo Felipe de Carbajal? Decidme, señora, si esto es verdad; y si sueño, no me despertéis, porque me moriría de pena.

—Sosegaos—contestó Doña Violante—sosegaos, mas

adelante lo sabreis todo; por ahora pensad en vuestra salud, en que estais entre personas que saben estimar cuánto vale un corazon noble, y tened el consuelo de que habeis hecho una buena accion, y una buena accion jamás queda sin recompensa.

Carbajal quiso replicar, pero Doña Violante le dijo:

—Si insistís en hablar, me retiro.

—Callaré—contestó humildemente Carbajal.

Y comenzó entonces á tener un vago recuerdo de todo lo que habia pasado.

La pobre loca fué recogida tambien en la casa de Albornoz; pero por su mísera condicion, y á pesar de la gran caridad de Doña Violante, quedó en una de las estancias del piso bajo, entre gada al cuidado de los criados.

En aquella primera noche, aterrada aún con las escenas que quizá sin comprender habia presenciado, apenas se atrevia á moverse, y durante aquella noche, los criados no dejaron de vigilarla ni un instante.

La noticia del acontecimiento se divulgó por toda la ciudad, y Tepos no fué de los últimos en saberlo: inmediatamente se dirigió á la casa de Albornoz, y se instaló al lado del lecho del jóven Carbajal.

A la mañana del siguiente dia, dos físicos llegaron, llamados por Doña Violante para reconocer al enfermo.

La entrada á una casa de dos personajes de esta clase, llenaba de curiosidad á todos los habitantes de ella, y los lacayos y los esclavos, bien porque les interesaba verdaderamente la situacion del herido, ó bien por simple curiosidad, abandonaron sus ocupaciones y llegaron á las piezas cercanas, esperando oír las decisiones y el parecer de aquellas dos lumbreras de la ciencia médica.

Carbajal estaba desnudo de la cintura arriba; los físicos

le examinaron, volviéndole ya de frente ya de espalda, con la ayuda del viejo Tepos.

Doña Violante se habia retirado á una de las habitaciones interiores.

Los físicos tocaban y miraban la espalda de Carbajal, y uno de ellos dijo á Tepos:

—Veo en esta espalda una mancha roja con la figura de una llama; ¿es por ventura de nacimiento?

—Sí, señores, esta mancha roja la tiene desde el dia que nació—contestó el viejo.

Y diciendo esto descubrió la espalda del herido.

En medio de los que se agrupaban para mirar aquella mancha, partió un grito agudo y desgarrador.

Todos, incluso el herido mismo, volvieron el rostro espantados y buscando de dónde habia salido aquel grito.

En los brazos de un lacayo habia caido como desvanecida la vieja loca, que abandonada en su cuarto habia llegado hasta aquella estancia sin ser sentida y en el momento mismo en que descubrian á Carbajal.

Pero el desvanecimiento de aquella mujer era instantáneo, y arrancándose de los brazos de los lacayos, se arrojó sobre el lecho del herido, gritando:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio!

Tepos la miraba fijamente.

—Quitad á esta mujer, que está loca—dijo uno de los físicos.

Los lacayos se acercaron para quitarla del lecho; pero Tepos se interpuso entre ellos y la mujer, exclamando:

—Loca, loca si quereis, pero tiene razon; este jóven es su hijo.

* * *

La pobre loca, que no era sino la misma Doña Isabel de Carbajal, habia recobrado la razon al volver á encontrar á su hijo.

Desde aquel dia Doña Isabel vivió en la casa de Don Felipe, que habia tardado muy poco en restablecerse de sus heridas.

Seis meses despues se celebraban las suntuosas bodas de Don Felipe de Carbajal con Doña Violante de Albornoz.

Toda la nobleza y los principales caballeros del reino acudieron á las fiestas, y entre ellos, siempre triste y con severas tocas de luto, se veia en los mas apartados aposentos á Doña Isabel.

Pasó la boda, pasaron las fiestas, y un dia Doña Isabel llamó en secreto á su hijo, á Doña Violante y á Tepos.

Recostada en un sitial la pobre mujer, hizo sentar á sus piés á su hijo y á Violante; Tepos de pié permaneció á su lado.

Entonces comenzó la historia de sus amores con el emperador, tal como consta en estas Memorias, y luego extendiendo sus manos sobre las cabezas de los jóvenes desposados, impetró sobre ellos las bendiciones del cielo.

Aquellas manos se apoyaron sobre las cabezas de los jóvenes, que lloraban: pasó así un largo rato en el mas profundo silencio; por fin, Doña Violante alzó el rostro para mirar á la anciana y lanzó un grito.

Doña Isabel de Carbajal habia dejado de existir.